Irene Mala

Desalmados

Historias perturbadoras de crímenes reales



LUNWERG EDITORES

LUNWERG EDITORES

Desalmados

Historias perturbadoras de crímenes reales

Irene Mala

El primer libro de *true crime* de Irene Mala, una autora que explora como nadie el lado oscuro de la naturaleza humana.

Con *Desalmados*, Irene Mala firma su primer libro ilustrado de ***true crime***, una obra que se adentra con valentía y profundidad en el lado más oscuro de la naturaleza humana. A través de **una selección de crímenes reales, violentos y perturbadores,** la autora —y también ilustradora— nos enfrenta sin filtros a nuestros miedos más profundos y nos invita a mirar de frente el abismo de las **psiques más desequilibradas.**

Lejos de alimentar la mera curiosidad morbosa, ***Desalmados*** **propone una reflexión inquietante:** ¿Qué empuja a ciertos individuos a cometer actos atroces? ¿Cómo podemos comprender —y prevenir— semejantes estallidos de violencia? ¿Dónde trazamos la frontera entre el bien y el mal?

Con **una mirada tan artística como incisiva,** Irene Mala no ofrece respuestas fáciles. En su lugar, nos conduce a través de un relato minuciosamente documentado que desvela las complejidades de la condición humana, y nos reta a explorar nuestras propias sombras.



Índice

Prólogo

I. Entre el cielo y la tierra
Ángeles caídos
Un caso sin resolver: Los tres de West Memphis
La nave

II. Mi querido psicópata
Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa
Beautiful For Ever
Asuquiqui

III. Asesinos en serie
Cuando matar es un deseo irrefrenable
Tsutomu Miyazaki
La jabonera de Correggio
Mom didn't love me

IV. Anexo
Hombres —y mujeres— lobo
Crímenes reales como entretenimiento

Agradecimientos



El *true crime* nos puede ayudar a ser mejores personas

No es solo morbo ni búsqueda de placer en el sufrimiento ajeno. **Con el *true crime* aprendemos: nos acerca a la naturaleza humana, a sus miserias y sus logros.** Nos enseña cómo se desarrolla un suceso, quiénes son las personas implicadas y de qué manera se llega a la resolución final del caso, cuando la justicia ejerce como tal o cuando brilla por su ausencia. Nos explica los procesos y nos enfrenta a nuestros miedos. A través de ellos, vivimos situaciones en las que no nos gustaría estar, pero sin correr ningún peligro. Sentimos la adrenalina correr por nuestra sangre y el placer subsiguiente, con la tranquilidad de sabernos a salvo. Aprendemos a sobrevivir a través de la experiencia de otros: ¿Qué haría yo de verme en esta situación? Y nos invita a sondar nuestro lado perverso: ¿Sería yo capaz de hacer algo así? Estas experiencias pueden constituir importantes lecciones de vida.

Está bien identificar el Mal para defendernos de él.

Los motivos del Mal

La cedí porque era mía.

Hace poco vivimos con consternación el caso de una mujer francesa (Gisèle Pericot) cuyo marido —un tipo normal, amable, cariñoso y buen padre— cedía a su mujer a otros hombres para que la violaran. Durante una década, puso drogas en su comida y en su bebida para anular su voluntad y poder invitar a otros —unos cincuenta— a abusar de su cuerpo dormido.

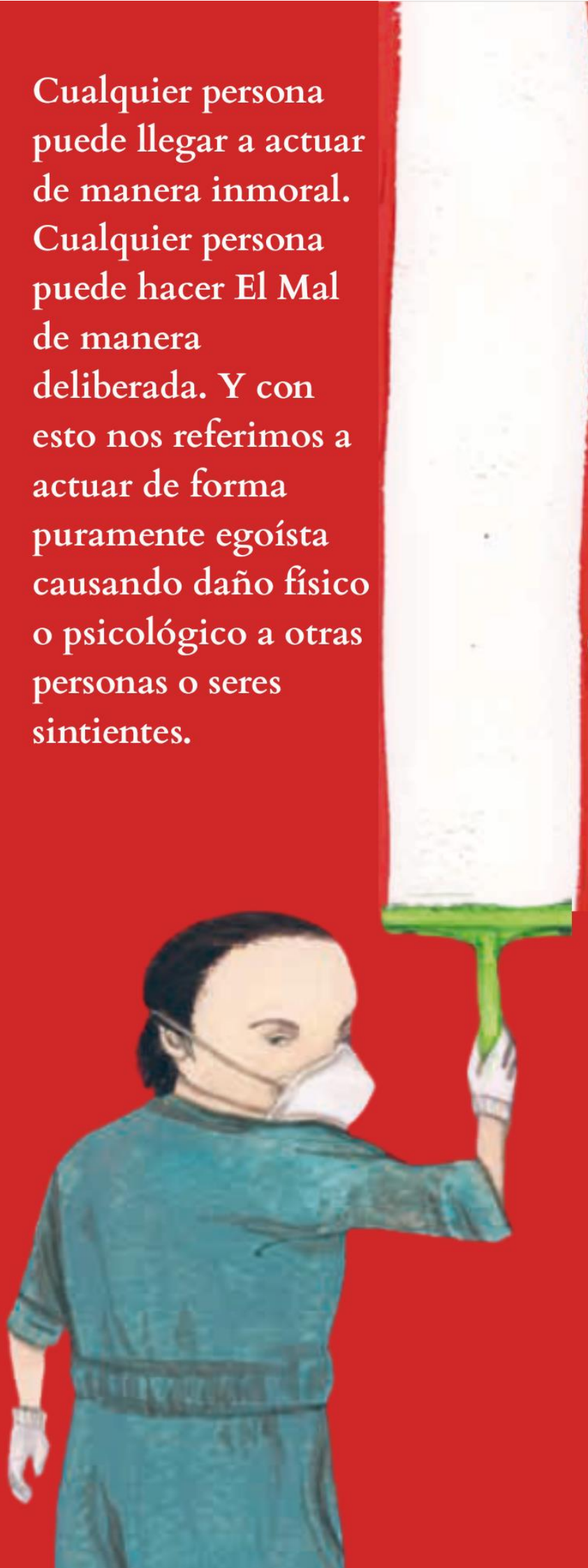
Esta Bella Durmiente no se habría enterado de nada si la policía no hubiera detenido a su marido tras sorprenderle intentando grabar por debajo de la falda a varias mujeres. Al registrar su domicilio y requisar sus dispositivos electrónicos, encontraron cientos de grabaciones en las que aparecía **Gisèle,** visiblemente dormida, con muchos hombres que usaban su cuerpo para satisfacerse sexualmente.



El horror, el espanto, la consternación. Unos hombres «aparentemente normales», respetables ciudadanos, trabajadores y padres de familia, abusando de una pobre e indefensa mujer de mediana edad.

¿Por qué suceden estas cosas? ¿Qué lleva a un hombre «respetable» a actuar de esta forma? ¿Cómo pudieron participar los otros en semejante abominación?

Cualquier persona puede llegar a actuar de manera inmoral. Cualquier persona puede hacer El Mal de manera deliberada. Y con esto nos referimos a actuar de forma puramente egoísta causando daño físico o psicológico a otras personas o seres sintientes.



Las personas no nacen buenas o malas. Al margen de padecer una alteración provocada por una enfermedad mental (por ejemplo, alguien que padece esquizofrenia y acuchille a otro por mandato 'de las voces' de su cabeza) o por un trastorno de la personalidad (un psicópata que no empatice con el sufrimiento ajeno), y aunque hay factores que irán marcando la condición y la moralidad del individuo, todas y cada una de nosotras, personas de bien, podemos llegar a actuar de manera indebida.

Ángeles Caídos



La única certeza que tiene el ser humano es que tarde o temprano le llegará la muerte. Pero para ello, hay que estar vivo. Ningún animal desea morir, por eso un conejo huye si un zorro lo persigue, un pulpo se esconde, y la medicina ha avanzado tanto que es capaz de curar enfermedades antes mortales. Y aunque se puede afirmar que la vida es el bien más preciado por los terrícolas, no todos tenemos conciencia de su finitud. Algunos animales como los grandes simios, los cuervos, las ratas o los elefantes lloran sus pérdidas y son capaces de tener una idea de la muerte, pero el grado de certidumbre que llega a tener el ser humano, consciente de la propia condición de estar vivo, lo coloca en un nivel de espanto superior. Nosotros sabemos que la vida se acaba (...).

Otro rasgo que nos diferencia del resto de los animales es nuestra capacidad para crear, fantasear, divagar, filosofar, analizar y llegar a conclusiones como la de que fuimos creados por un ser superior, que existe un dios todopoderoso que nos ofrece una vida eterna una vez finalizada la terrenal. (…) Esta reflexión acerca de «una vida después de la muerte» o «la inmortalidad» está presente en la mayoría de religiones.

Miedo colectivo como herramienta de control y la caza de «brujas»

El cristianismo fue adoptado por el Imperio bizantino, heredero del romano, allá por el siglo III d. C., dejando como herencia una religión oficial monoteísta y un temor por el diablo y todo lo que este representaba. No es gratuita esta imagen que tenemos de él, sino que quedó instaurada a través de las sagradas escrituras y la predicación que de ellas se ha ido haciendo hasta nuestros días (…).



La relación del diablo con la mujer, a través de Eva, ya había quedado fijada en el libro del Génesis, donde la pérfida insta al pobre Adán a comer del fruto prohibido y condena a través de este incidente a la totalidad de la descendencia humana. Si bien este encono hacia las mujeres no es exclusivo del cristianismo (…), el hecho es que la Iglesia católica, de la mano del Estado, lo utilizó para poner en el punto de mira a miles de mujeres a las que acusaron de actuar dirigidas por Lucifer.

La sádica campaña misógina que se emprendió en aras de vencer el Mal se materializó en una oleada de violaciones, tortura y asesinatos en masa de mujeres inocentes. Muchos violadores, asesinos en serie, psicópatas y sádicos dieron rienda suelta a sus fantasías más oscuras bajo el amparo del Estado, la aprobación del pueblo llano y la bendición de la Iglesia católica. Fue un auténtico holocausto femenino. (…)

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa



Los psicópatas entran en el grupo de los inalterables: personas egoístas y egocéntricas que actúan en su propio beneficio aun a costa de perjudicar a otras. **No es un enfermo mental.** No es un psicótico con visiones, es decir, no es una persona enferma que haga daño a otra obedeciendo a un impulso o a la llamada de los extraterrestres. **Los psicópatas son racionales y conscientes de todo lo que hacen: presentan, por lo tanto, un trastorno de la personalidad, no una disociación de la realidad.** ¿Cómo se manifiesta ese trastorno? Con frialdad. Hay algo en ellos que hace que no conecten con las emociones. El bienestar de los demás les trae sin cuidado, son crueles y despiadados. Ególatras, narcisistas, buscan su provecho personal y, aunque conocen las reglas morales, pueden saltárselas a la torera sin ningún remordimiento.

El psicópata actúa siempre sin tener en cuenta las normas morales y éticas, pero no lo hace de una forma descarada, y, según sea su grado de inteligencia y poder de persuasión, será capaz de convencer y embaucar a los que están a su alrededor. De hecho, **muchos están integrados plenamente en nuestra sociedad y son padres de familia, empresarios, políticos…** Quizás por ello sean estos los más peligrosos: los que pasan totalmente desapercibidos, los que nos gobiernan, los que tienen poder y manejan a las masas sin el menor asomo de culpa. Son educados, amables, atractivos. (…) Te manipula, te engaña, te explota sin que su conciencia se remueva. **Para él no existen las normas y no piensa en los demás, no lo hace de manera premeditada, sencillamente no puede ponerse en el lugar del otro. Es un ser insensible, indolente y frío por naturaleza.** Nada le conmueve. Necesita emociones fuertes, su cuerpo y su mente son tan indiferentes al medio que en ocasiones necesita de la ingesta de alcohol o drogas, o experimentar situaciones límite para sentirse vivo. El psicópata suele tener mucha confianza y seguridad en sí mismo. **Es egocéntrico, locuaz y arrogante**. Mentiroso, manipulador y cruel si es necesario o le place. Mira a los demás por encima del hombro y se siente superior. No le teme a nada, por eso tiene tanta facilidad para robar, suplantar identidades, trepar por encima de sus compañeros en el trabajo o ser infiel a su pareja. **Ni siente ni padece ni es capaz de emocionarse. Es el perfecto criminal, las leyes y las normas no están hechas para él.**



No se sabe por qué existen individuos incapacitados para conectar la razón y el sentimiento, ¿de dónde viene esa desconexión social, esa falta de responsabilidad moral? Es cierto que se han estudiado casos de personas normales que, tras sufrir una lesión cerebral, desarrollan comportamientos anómalos, pero existen muchos otros casos en los que las personas nacen preprogramadas, por así decirlo, con determinados rasgos psicopáticos que luego sus circunstancias personales pueden potenciar.

Cuando matar es un deseo irrefrenable

Muchos violadores y asesinos en serie son psicópatas (pero no todos). Necesitan ese impulso vital que les proporciona llevar a cabo su crimen, y una vez que comienzan, es difícil que se detengan. Experimentan una satisfacción psicológica que no logran de otro modo. El psicópata sádico y asesino elige a su víctima, recrea en su mente cómo matarla y/o violarla. La engaña, comete el crimen cosificando a la persona, y se deshace de los cuerpos y las pruebas sin sentir culpa alguna. Planea y vuelve a actuar. Muchos son capaces de llevar una vida paralela con aparente normalidad porque han aprendido cómo comportarse. (…)

Pero, **¿cuál es el impulso que siente una persona para matar una y otra vez?** Muchos fueron los interrogantes que se formularon los agentes del FBI desde la Unidad de Ciencias de la Conducta para elaborar las preguntas de las entrevistas que realizaron a asesinos reincidentes convictos, con el objetivo de crear perfiles que les permitieran anticiparse a otros criminales y evitar la muerte de más inocentes. Para poder atrapar a tu enemigo, primero debes conocerlo. La idea era sencilla: analizar, estudiar y comprender cómo sienten y actúan estas personas para poder detenerlas al primer indicio. Aunque no todos los asesinos en serie siguen el mismo patrón, la mayoría tiene un anclaje en el pasado. Parece que el asesino en serie no evoluciona emocionalmente.

Dicen que el tiempo todo lo cura, pero cuando alguien es herido en la más tierna infancia, al crecer, el cuerpo envuelve la herida, que permanecerá oculta, pero abierta y sangrante. Según Ressler, todos los asesinos a los que entrevistaron —todos— sufrieron maltrato cuando eran niños. No tuvieron una infancia amable: a la presencia de una madre abusiva y poco afectuosa, se sumaba un entorno marcado por continuas vejaciones, humillaciones y violencia. Fueron niños en estado de abandono a quienes nadie les enseñó a discernir el bien del mal, qué es correcto y qué no. Nadie los educó. Crecieron en un ambiente salvaje, con el uso precoz de bebidas alcohólicas y otras sustancias, y un contacto abrupto con la sexualidad, ya sea ejercido sobre ellos o presenciado en otros. (…)



Personajes reales

Irene Mala selecciona en este libro a **algunos de los asesinos más impactantes a través de diálogos que dan voz a víctimas, testigos, policías y a los propios criminales, ofreciendo una mirada directa y humana al horror.** Algunos de los asesinos que aparecen son:



Asuquiqui

Antonio Anglés pasó dos años en prisión por secuestrar, encadenar y golpear a Nuria Pera Mateu, de 20 años, en enero de 1990, aparentemente por haberle robado varios gramos de heroína. La mujer logró sobrevivir gracias a la intervención de la madre y uno de los hermanos de Anglés. En marzo de 1992, se le concedió un permiso penitenciario de seis días para su reinserción social, pero aprovechó esta oportunidad para escapar, evadiendo su condena y quedando en situación de prófugo.

Tsutomu Miyazaki: el asesino otaku



Tsutomu Miyazaki fue un criminal japonés condenado por el asesinato de cuatro niñas entre 1988 y 1989. Su caso conmocionó a la opinión pública por la naturaleza de los crímenes, que incluyeron elementos de necrofilia y el envío de cartas perturbadoras a las familias de las víctimas. Miyazaki sufría una malformación congénita en las manos y una infancia marcada por el aislamiento, el acoso escolar y una progresiva desconexión con su entorno familiar. Fue condenado a muerte en 1997 y ejecutado en 2008.



Mom didn't love me

Edmund Kemper, conocido como "El asesino de las colegialas", es uno de los criminales más perturbadores de la historia de EE. UU. Con un cociente intelectual excepcional y una infancia marcada por conductas psicopáticas, a los 15 años asesinó a sus abuelos, fue internado en un hospital psiquiátrico y, tras ser liberado, desató una ola de asesinatos brutales entre 1972 y 1973, que incluyó a estudiantes universitarias, su propia madre y una amiga de esta. Kemper no solo mataba, sino que practicaba necrofilia y desmembraba a sus víctimas, dejando una huella imborrable en el estudio del comportamiento criminal. Su caso es emblemático en criminología por la combinación de inteligencia, violencia extrema y falta total de remordimiento.

La autora: Irene Mala



Irene Mala es una artista española multidisciplinar que nació en Sevilla en 1978. Tras estudiar Bellas Artes fue explorando diferentes ámbitos artísticos hasta que se decantó por la ilustración y la pintura.

Sus creaciones han formado parte de diversas exposiciones y gracias a ellas ha ganado premios como el Creación Joven Sevilla o el Concurso Nacional de Pintura Ateneo de Sevilla. Sus videocreaciones han sido exhibidas en el museo CCCB de Barcelona, en el CAAC de Sevilla y en el Festival de Flamenco de Jerez.

Mala ha ilustrado libros infantiles y para adultos. Entre sus obras se encuentran títulos como *El universo Tim Burton* y *Camarón, la alegría y la pena*, en colaboración con Salvador F. Romero.



Ficha técnica

Desalmados. Historias perturbadoras de crímenes reales
Irene Mala
Lunwerg Editores. 2025.
16.5 x 22.5 cm. // 192 páginas
Tapa dura sin s/cub. (cartoné).
PVP c/IVA: 22.50 €
A la venta desde el 16 de abril de 2025

Más información para prensa, imágenes y entrevistas con la autora:
Lola Escudero - Directora de Comunicación de Lunwerg
Tel.: 619 212 722 – lescudero@planeta.es

El libro por dentro



Hombres –y mujeres– lobo

Hubo épocas en que proliferaron como moscas, otras demasiado poco, pero en nuestra historia siempre han existido personas con esta extraña compulsión de matar de manera seriada. Son tantos que su cifra, además de inescrutable, asusta. A continuación, una lista de diez *desalmados* que mataban en serie y que destacan por su crueldad, su *modus operandi* o la singularidad de las circunstancias en las que actuaban.



Ted Bundy, El Asesino de Señoritas

Seducir hasta la muerte.

GEOGRAFÍA/CRONOLOGÍA: Washington, Seattle, Utah, Colorado, Florida, Idaho, California y Oregón (Estados Unidos). Vancouver (Canadá). 1974-1976.

DESCRIPCIÓN: El lobo con piel de cordero. El chico encantador, simpático, ocurrente y atractivo que seducía y engañaba a sus víctimas fingiendo estar herido. Mentiroso y manipulador. Mataba de forma despiadada, era cruel y perverso. Sufría varias parafilias como el sadismo extremo y la necrofilia. Reservaba los cadáveres para violarlos hasta que la descomposición lo impidiera. El perfecto psicópata integrado, estudiante brillante de Derecho y Psicología, voluntario en campañas electorales del Partido Republicano, alguien de señalaría como asesino. Siendo un niño descubre que su hermana mayor es en realidad su madre y este testigo adiario de la particular violencia que inflige su abuela a su abuela ya su madre. Una vez agresado, logró fugarse dos veces, ocasiones en la que no pierde oportunidad de seguir matando. Odiaba a las mujeres y ellas lo amaban. Tuvo muchas novias y amantes. Recibía miles de cartas de admiradoras y fans que cada día



precisamente eso que te hace distinto a los demás se transforma en escudo protector, haciendo que el resto se aleje asustado y te deje en paz. Damien adornaba su discurso dark con provocaciones de todo tipo y, aunque era un chico tranquilo y educado, alimentaba la imagen siniestra que de él tenían quienes no lo conocían.

Hay cierta atracción en lo prohibido, una búsqueda de nuevos límites, un interés en otras realidades, una vía de escape. Damien estaba solo y triste y tenía miedo, fumaba para hacerse daño a sí mismo y no sabía quién era. Estaba creciendo, formándose, explorando. Estaba viviendo su vida de adolescente atormentado. Pero poseer un *alma atormentada* no te convierte en asesino de niños.

> No disfruto haciendo daño a las personas, en mi vida me habré metido en dos peleas. No tenía nada contra esos niños. Piensa que las cosas que haces te vienen de vuelta.
>
> Damien

Damien se sentía atraído de manera muy especial por el mundo espiritual, topeó con el sacerdocio y se interesó por la religión Wicca, que se centra en la conexión con la Madre Naturaleza y en hacer el bien como *leitmotiv*. Le gusta la magia, la brujería, pero sin connotaciones oscuras.

Jerry Driver, agente de la condicional, es un tipo gordinflón de poca personalidad. También se siente atraído por «lo oculto», pero desde una perspectiva personal de proporcionar luz a las sombras. Ante el ataque del maligno, para estar prevenidos ante él, a fin de salvaguardar las almas de los inocentes, se ha leído dos libros sobre ocultismo y es capaz de hacer frente a cualquier ataque por parte de los seguidores de Satán. Driver estuvo presente en el hallazgo de los cuerpos de los niños y se involucró en la investigación.

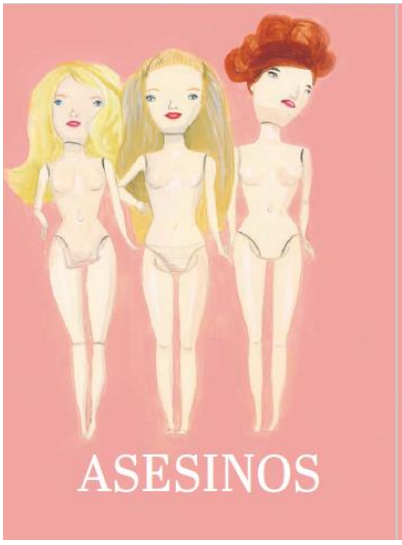
Sin sospechoso alguno, pero siguiendo la línea del rito satánico, el departamento de policía le pide a Driver (recordemos que solo es agente de la condicional) que confeccione una lista con nombres de personas que «pudieran seguir al Maligno». Cuando lo hace, figura en ella el nombre de uno de los chicos que tutoriza y que encaja perfectamente con el perfil satánico que andan buscando. Un joven que no recicla bien, más inteligente que la media; un listillo pedante que se creía mejor que el resto, que leía y escribía con nivel de universitario y que decía ser wiccano. Un chico arrogante, irreverente, al que en una ocasión anterior consigue internar en un centro psiquiátrico donde, después de evaluarlo, le diagnostican depresión.

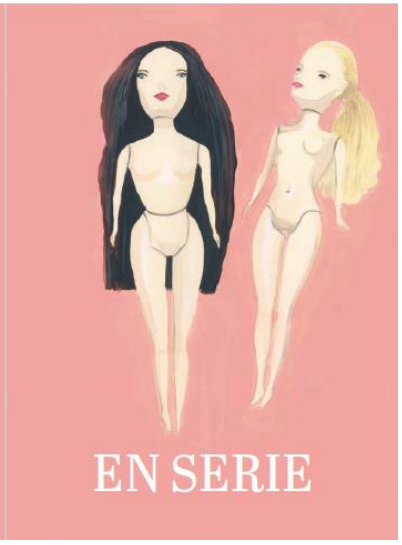
> La sangre es la fuerza vital. Prefieren usar a un niño que sea pequeño.
>
> Driver

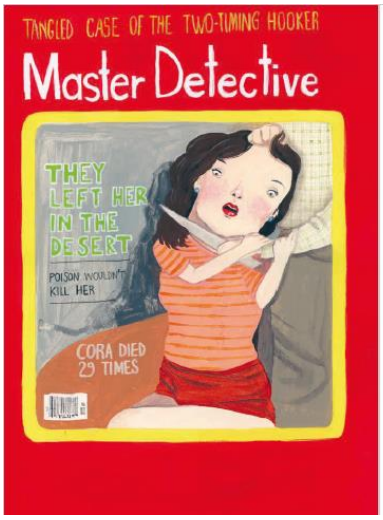
Driver también tiene entre sus chicos tutorizados a Jason, al que pillaron subido a unos vehículos con unos amigos y responsabilizan de ciertos daños ocasionados, y al que en sus ratos muertos acostumbra a espiar, como a Damien, desde la distancia, agazapado en su coche. Según Driver, estos chicos no son *trigo limpio*.

En definitiva, Jerry Driver señala a Damien como sospechoso del crimen de









había tocado vivir, ya fuera como testigos o como ejecutores, en un enfrentamiento bélico donde la tortura, la violación y el asesinato sistemático de personas eran lo habitual. Además, esos niños crecieron leyendo y manoseando las famosas *revistas de detectives*, que se vendían por doquier con portadas donde aparecían mujeres jóvenes y atractivas siendo sometidas por algún villano y en cuyo interior se narraban sus mil calamidades. Estas revistas de relatos salvajes, sádicos y violentos, con títulos como *Vamos a violar a la chica de al lado*, *Las niñas muertas no lloran*, *Atada y amordazada* o *Si la víctima de violación grita, ¡mátala!*, sirvieron de material masturbatorio para un sinfín de jovencitos, algunos de los cuales llegaron a crear en sus cabezas fantasías de sadismo, violencia y sexo que, transcurridos los años, como en el caso de Ted Bundy, llevarían a la práctica. El ocio, las mujeres y la cultura de la violación estaban servidos y normalizados.

—

Él –añade– estuvo tocándose, a mí me tocó lo justo... Yo me acosté de lado, mirando hacia la pared, y estuve despierta toda la noche. Escuchaba sus jadeos, pero me hacía la dormida. Cuando lo oí roncar, serían como las siete de la mañana, me levanté, me lavé mucho las manos, y me marché. Lo que más te hace sufrir es que no puedes explicar por qué no te has levantado y te has marchado antes.*

—

* Juan José Millás en *Hay algo que no es como me dicen: El caso Nevenka Fernández contra la realidad*. Madrid: Alfaguara, 2004.

Nuestro mundo es sexista y cosifica a la mujer desde ¿siempre? y, aunque hay mucho machismo interiorizado, no todos los hombres van por ahí violando y matando. La existencia de este género de revistas entonces y de los contenidos pornográficos que consumen los adolescentes en la actualidad no llevan a un grupo cualquiera de chavales a violar *en manada* a una compañera de clase, pero son productos que pueden ejercer un daño irreversible en según qué cabezas. Por ello se debe insistir en la importancia de la educación, el diálogo y empresariar las mentes inmaduras de según qué contenidos: el sexo y la violencia a su debido tiempo.

Con la era de las nuevas tecnologías y los avances científicos en el campo del ADN y otros ámbitos, matar a alguien y que no te pillen es mucho más complicado. Además de vivir en una sociedad más evolucionada donde es más fácil encontrar parejas sexuales de gustos poco corrientes, las mujeres gozan de mayor igualdad y los niños están más vigilados que antes, parece que el índice de asesinos en serie es menor. No obstante, el asesino también se ha modernizado: sabe cómo actuar, cómo limpiar la escena de un crimen, cómo dejar pistas falsas para que no lo atrapen. Nuevas sociedad, nuevas problemáticas.

Ojalá fuera posible volver atrás en el tiempo y recomponer los pedacitos de esas almas rotas en la infancia. Ojalá fuera posible rehobinar y salvar todas esas vidas inocentes arrebatadas.



Beautiful For Ever

Londres era igual de húmeda en la década de 1800 que lo es hoy. O no, puede que no. Sea como sea, de lo que sí estamos seguros es de que olía muy mal. Había zonas, por supuesto, donde las damas paseaban sus carritos de bebés entre rosales perfumados sin miedo a manchar sus largos vestidos, pero la mayoría de las niñas apestaban. En el abigarrado de los barrios más deprimidos se mezclaban los orines de perros, ratas y humanos con el estiércol que dejaban



Tsutomu Miyazaki: el asesino otaku

Tsutomu era un japonés de ya las XXI, un joven pequeño, serio y callado que no miraba a nadie si no era a través de su lente fotográfica. Caminaba por la acera y disparaba con su cámara a las personas con las que se cruzaba, como si quisiera matarlas a todos. Pam pam pam..., apretaba su gatillo fotográfico como un genocida translúcido al que nadie ve. En ocasiones dirigía su cámara hacia lugares prohibidos de la anatomía femenina. Y lo sorprendieron más de una vez cuando intentaba inmortalizar la entrepierna de sus compañeras en los torneos de tenis universitarios. Metía su cámara bajo las faldas para obtener material masturbatorio y satisfacer hogaño la intimidad de su casa ese apetito que parecía infinito y volcánico. Su deseo era una fuente inagotable, una bestia de hambre insaciable.

Pasaba mucho tiempo solo encerrado en su apartamento, leyendo toda la noche, viendo animes y haciéndose pajas. Era un devoto consumidor de material pornográfico, cuyos gustos se habían desviado con el tiempo hacia un género más oscuro, prohibido y pedófilo.

22 de agosto de 1988. A cuba de cumplir veintiséis años. Las mujeres dan miedo, nunca se acerca a ellas. Ha fantaseado muchas veces con la idea de encontrar a una niña pequeña, subirla a su coche y llevarla a un lugar reservado, apartado y tranquilo. Y ese mismo día, Mari Konno, de cuatro años, que había salido a la calle a jugar, se cruzará en su camino. Sus padres, al ver que no regresaba a casa, la buscarán preocupados hasta que, finalmente, dan parte a las autoridades locales.

Hace mucho calor, estamos en pleno verano y un sopor cae sobre la prefectura de Saitama. Tsutomuya en su coche conduciendo tranquilamente por una carretera alejada. Está decidido a hacerlo. En el camino se encontrará con una niña. Se para a su lado.

—Hola, pequeña. ¿Cómo te llamas?

—Mari.

—Hace mucho calor, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te gustaría que te llevara a un sitio más fresco? Tengo dulces dentro del coche. Ven, sube.

Mari, despreocupada y confiada, mastica golosinas en el asiento de atrás mientras el viento entra por la ventanilla y le alborota el pelo. Huele rico, a campo